

A Monserrate van. Pero ¿quién sabe lo que les guarda en su honda soledad el que posee del corazón la llave, el que puede medir la eternidad? Sí; Dios es Dios, y Dios tan sólo puede romper el velo á la futura edad; sólo á sus ojos el destino cede: Dios es la luz, la fuerza y la verdad.

II

Entre los rudos peñascos que por la extensión desierta de Monserrate, en las nubes esconden sus altas crestas; entre los cóncavos huecos de sus oscuras cavernas, guarida oculta y salvaje de reptiles y de fieras; en medio de aquellos valles, do en lagos el sol fermenta los vapores que son nubes, empezando en leve niebla; allí donde humanas voces á los ecos no despertan, ni el humo de los hogares en espirales se eleva, de un gigantesco peñasco en la socavada grieta, pasa sus días un hombre en áspera penitencia. Rústico sayo le viste, ó insípidas le alimentan, agua de un arroyo manso, raíces de cruda hierba; y á su escondida morada diez años ha que no llegan más que las águilas que hacen su nido en aquellas peñas. Una de techo le sirve, y audaz la naturaleza, por un capricho inclinándola, la colocó de manera, que el corazón más valiente temblara entrar bajo de ella, por miedo de que al hundirse, su sepultura no fuera. Tosca cabaña de troncos, espinos y ramas secas,

construyó allí el eremita, por su morada eligiéndola, y allí los días y noches en soledad y abstinencia pasando, el cielo conquista y en paz á la muerte espera. Y ni el alma de aquel justo rumor mundano atormenta con sus pasiones mezquinas de vanidad y de tierra, ni su alma, en sus devociones sumida, jamás recuerda los humanos devaneos ni las delicias terrenas. Es todo cuanto sus ojos en torno suyo contemplan, á Dios solamente mira, á Dios nada más encuentra. Las florecillas silvestres que escasas tal vez vegetan; los arbustillos que exhalan campesino olor; la tierra que da al gusano guarida y sustento á aves y á fieras; los mil vistosos insectos que por la atmósfera vuelan, al sol tendiendo sus alas, que sus rayos transparentan, todo, todo de su Dios el poder le manifiesta, y él le conoce y le adora en sus obras más pequeñas.

Así pasa Juan Guarino su virtuosa existencia, siendo del cielo delicia y haciendo al infierno guerra. Y aunque en el uno fiado, tal vez al otro desprecia, Satán, que es muy poderoso, fieros combates le apresta. Y aunque con astucia inútil de continuo le guerrea, y con oración y lágrimas Juan de continuo le ahuyenta, es mucho lo que le irrita su virtud y penitencia, para que Satán el campo de la tentación le ceda.

Ángel que bebió algún día del manantial de la ciencia con que el Hacedor Supremo cuanto es y será penetra, del corazón de los hombres conoce bien la flaqueza, y por su entrada más débil sus tiros sagaz asesta. Contrario irreconciliable del Dios cuya omnipotencia conoce, hollado y vencido por su poderosa diestra, ya que contra el mismo Dios volverse otra vez no pueda, en buscar imperfecciones sobre sus obras se empeña. Y de sus manos, el hombre, siendo la obra más perfecta, de su despecho á la saña es la obra mas expuesta. Y, «mío es el mundo», exclama, viendo la locura ciega con que al pecado los hombres desbocados se despeñan. Mas cuando en medio su turba un justo á encontrar acierta, por derribar á aquel justo olvida su raza entera Y, ¡ay si á impulso de su astucia ó de su malicia inmensa, logra engañarle ó vencerle, que, tras la culpa primera, tal vez le arrastra al abismo, y á Dios insulta y blasfema!

Y así, de aquellos peñascos entre las cóncavas grietas, entre consuelos y lágrimas que Dios y Satán le aprestan, pasa el justo Juan Guarino su virtuosa existencia, siendo del cielo delicia y haciendo al infierno guerra.

De las agudas montañas tras de las enhiestas lomas, una alborada de Junio rayaba apenas la aurora. Ya el sol á través brillaba de nubes de azul y rosa

con que al salir, los espacios del horizonte se alfombra; y los purpúreos destellos de su lumbre creadora reflejaban del rocío en las cristalinas gotas y en las aguas del arroyo y en las relucientes rocas cuya superficie pulen los vientos que las azotan, y á su influencia se vían de las quebradas recónditas elevarse transparentes nieblecillas vaporosas, y al reflejo de la lumbre que desde lo alto las dora, tomaban ricos cambiantes y tintas encantadoras; ya de sus lóbregas grutas á las escondidas bocas, los reptiles asomaban á ver su luz bienhechora, y abajo en el valle obscuro las avecillas canoras himnos cantaban al alba, despertando bulliciosas, cuando saliendo Guarino á la entrada de su choza, y de rodillas poniéndose, al Dios que amanece adora. Mas con harto asombro suyo, rompiendo la pura atmósfera, á sus oídos llegaron voces de humanas personas. Tendió la vista á la falda de las empinadas rocas, y de gran tropel de gente las vió rodeadas todas. Todos los ojos se tienden hacia él, todas las bocas le llaman, todas las manos suplicantes se le tornan. Delante de aquella turba, por una senda tortuosa, conduciendo un cortesano á una niña encantadora, subía á espacio, acercándose á su cabaña. Medrosa el alma de Juan Guarino, juzgando farsa ilusoria

de tentación infernal
cuanto ve sobre las rocas,
siguió orando de rodillas,
como quien sabe que logra
vencer la oración constante
las tentaciones diabólicas.
Y en el espacio los ojos,
que le nublan ardorosas
dos lágrimas penitentes,
en su devoción se arroba,
sin que de la gente el ruido,
que ya de cerca le acosa,
su pensamiento distraiga,
turbe su oración devota.
Virtud que sólo concede
de Dios la misericordia
á quien en él cree de veras,
á quien de veras le invoca.
¡Ante esta virtud sublime,
ante esta fe religiosa,
postraos enmudecidas,
mundanas pasiones locas!
¡Callad y desvaneced,
necias y mundanas glorias,
que el nombre de inspiraciones
os apropiáis mentirosas!
¡Inspiración del que canta
torpes y profanas trovás;
inspiración del que pinta
desnudez escandalosa;
inspiración del que á mármoles
da provocativas formas;
á esta inspiración postraos,
que es más santa que vosotras!
DIOS ES EL GENIO: Él inflama
su inspiración vigorosa
en las almas que con ella
á altas hazañas se arrojan.
DIOS ES EL GENIO; y donde Él
no enciende su luz radiosa,
ni hay inspiración ni hay genio,
no hay más que miseria y sombras.
Y esta inspiración divina
es la que Guarino goza,
cuando María y Wifredo
ante él humildes se postran.
Y de ese célico arrobo
es del que Guarino torna,
cuando estas palabras oye
del Conde de Barcelona:

—Hombre santo, en quien habita
el espíritu sublime
del Dios cuyo aliento solo
alimenta cuanto existe,
mira á tus plantas, y duélante,
dos seres á quien aflige
pena por el cielo impuesta
en su juicio incomprensible.
Relámpago repentino
cerró las puertas sutiles
del ver á los claros ojos
de esta doncella; y humildes
á suplicarte venimos
que otra vez los ilumines,
y del Dios en que creemos
la grandeza patentices.

JUAN GUARINO

¡Apartaos, tentadores!
¡Vagos fantasmas, huidmel
Dios su poder no demuestra
por instrumentos tan viles.
Dios es grande, sí, muy grande,
mas prodigios tan insignes
no ha de fiar á mis manos,
hechas de tierra y de crimen.
¡Dejadme, apartad!

WIFREDO

En vano
vuestra humildad se resiste;
la voz del cielo, á estas peñas
milagrosa nos dirige.

GUARINO

Señor, si me da el orgullo
esta tentación horrible,
si este poder me atribuye
Satanás por afligirme,
ó dadme fuerza, Señor,
y fe para resistirle,
ó mostrad vuestro poder
y que el soberbio se humille.

Así exclamó el penitente,
y á la doncella la voz
dirigiendo, dijo: —Eleva,
mujer, en nombre de Dios,
al firmamento los ojos,
y alúmbretelos el sol.—

Y obedeciendo María,
miró á los cielos y vió.

Postróse el Conde de hinojos
adorando al Criador;
la comitiva, asombrada,
por tierra se prosternó,
y elevando Juan Guarino
al cielo su corazón,
las manos al sol tendidas,
un punto en silencio oró.

Gozaba absorta María
de la luz el resplandor,
por todas partes mirando
con grata enajenación;
y pasaban sus miradas
en escrutinio veloz
de una peña en otra peña,
de una flor en otra flor,
recordando con delicia
las ideas que guardó,
de su ceguera en las sombras,
de la luz y del color.
Lanzó el infierno un gemido
de despecho y confusión,
contra Guarino aprestando
todo entero su furor.
Y el justo, que interiormente
el ataque presintió,
preparóse á resistir
su más fuerte tentación.
Y comenzando avisado
por el contrario mayor,
vuelto á Wifredo y su gente,
de esta forma les habló:

—Ya Dios de remediaros fué servido:
de vuestra alma adoradle en lo profundo,
y apartaos de mí, que con el mundo
no puedo nada de común tener.
Mis votos escucharos me prohíben,
y está robando á Dios vuestra presencia
el tiempo de oración y penitencia
de que mi salvación ha menester.

Así habló el justo, y acogerse quiso
al fondo de su gruta retirada,
cuando María le atajó, postrada
cayendo ante sus pies, hablando así:

—La luz de Dios por mis cegados ojos
entró en mi pecho, y á su luz divina
la niebla del futuro se ilumina,
y leo lo que guarda para mí.

Las inmensas riquezas de mi padre
me elevarán un santo monasterio
en medio del silencio y el misterio
de esta extensa y desierta soledad.
Yo eternamente en su recinto sacro
alabaré de Dios la omnipotencia,
y en él ha de acabarse mi existencia,
y ha de empezarse en él mi eternidad.

De esta montaña, en cuya excelsa cum-
volví á gozar la luz del mediodía, [bre
no bajaré ya más; la planta mía
otra tierra á pisar no volverá.—
Tembló al oír el penitente austero
tan gran resolución, al punto mismo
el lazo viendo que el contrario abismo
tendiendo astuto á su virtud está.

Presentóse á su mente la grandeza
de su alta santidad; mundano orgullo,
brotando cual vapor en su cabeza,
descendió á obscurecer su corazón,
y un momento en la duda vacilando
de la afanosa é interior pelea,
calló, temiendo que vencida sea
la recta fe por mundanal razón.

A María con lágrimas Wifredo
postróse á suplicar, pero fué en vano;
ella le dijo: —No, padre, no puedo
á la voz de los cielos resistir.—
Tornó el padre á insistir y á negarse ella,
la religión y el mundo largo trecho
combatiendo de entrambos en el pecho.....;
pero túvose el mundo que rendir.

Y alzando entre los peñascos
de la desierta montaña,
cabe la de Juan Guarino
otra rústica barraca,
y el Conde y los suyos yéndose
á la ciudad más cercana,
en la soledad dejaron
á la doncella, con lágrimas.

Wifredo, desde aquel punto las órdenes necesarias para alzar el monasterio expidió por la comarca. Cundió por ella el prodigio, y á Barcelona llevándola la fama, la celebraron con fiestas y luminarias.

CAPÍTULO III

QUE TRATA DE UN MISTERIO QUE SE ACLARA MÁS ADELANTE Y EN OPORTUNO LUGAR

I

En tanto, allá en las alturas de las peñas solitarias, el ermitaño y María al cielo en unión alaban. Y la doncella, de hinojos ante la imagen sagrada de la Madre del Dios niño, las horas orando pasa; y el eremita, en su choza, con toda la fe de su alma dando por tales favores á Dios acciones de gracias.

Era del día siguiente la hora apenas del alba, cuando el penitente austero salía de su cabaña. Ya en el césped de la roca de hinojos María estaba, bendiciendo al Dios que alumbra la luz que el Oriente baña. Y suelto el cabello rizo por la mal cubierta espalda, cuyas hebras de azabache mece revoltosa el aura, al cielo alzados los ojos, ambas las manos cruzadas sobre el pecho, y el semblante alumbrado por la blanca luz de una aurora de Junio que entre nubes de oro radia,

parecía la doncella imagen leve y fantástica que crea el sueño de un niño sin comprenderla ni amarla. Los ojos de Juan Guarino la vieron, y contemplándola quedaron por un instante con indecisas miradas. Pidióle al verle la niña su bendición, y él, al dársela, sobre la hermosa cabeza tendió las enjutas palmas. —Orad, la dijo, y velad, porque muy rudas batallas que sostengáis será fuerza contra Satán....—Y, apenada, repuso ella: —Padre mío, Dios por vuestros labios habla sin duda, y en vuestro pecho su fuerza depositada tiene; guiadme, instruídme, y si batallas me aguardan, enseñadme á resistirlas, acostumbraedme á afrontarlas. —Sí haré, mi deber es éste; y si en mí el Señor derrama su luz y su omnipotencia, su fe en mi pecho no apaga, sobre el ángel de tinieblas ha de apoyarse tu planta.

Y así diciendo Guarino, de la doncella se aparta, perdiéndose de las peñas entre las hondas quebradas.

De mil varios pensamientos, de mil sensaciones varias su espíritu atormentado, por el monte caminaba. Y apoyándose de un pino en una nudosa rama, por el desierto callado el buen penitente avanza. Penoso es, duro, terrible, el viaje que hacer nos manda la justicia del Señor cuando á la tierra nos lanza.

Terribles son en el mundo las tentaciones mundanas, y allí en contra de los hombres mucho Satanás trabaja. Pero ¡con cuánta más furia su infernal poder desata contra el alma que del mundo en el desierto se guarda! Todo le desencadena, toda su astucia nefanda contra la virtud del justo empeña por derrocarla. Traidores lazos le tiende, viles amaños le fragua, de varias formas se viste, de varios modos le asalta. Dios le dejó gran poder é infinita perspicacia, y el espíritu satánico aborrece nuestra raza. ¡Ay de aquel cuyos sentidos tan alerta no se hallan, que con alguna quimera el espíritu le engaña! Tiéndale el Señor su mano, porque si el Señor le falta, será su virtud despojo de la diabólica audacia.

La punta de alto peñón el eremita doblaba, que de un abismo á la boca sobresalía inclinada, cuando al apoyar el pie sobre la vereda escasa, faltóle un punto la tierra. Las manos extendió rápidas, mas, lejos de todo apoyo, ya el cuerpo se despeñaba, cuando sintió que le asía, con ayuda inesperada, una mano vigorosa que á la muerte le robaba. Fijó los pies en seguro, y volviendo la faz pálida, vió á otro severo ermitaño que á tenerse le ayudaba. Hízosele á Juan Guarino allí su presencia extraña,

mas dióle sinceramente, después de á los cielos, gracias. Y entendiendo la extrañeza que Juan Guarino mostraba, entabló de esta manera el otro ermitaño plática:

—Veo que mi presencia en estos sitios os extraña, ¡oh Guarino!

GUARINO

Sí, en verdad; diez años ha que los habito, y sólo en ellos siempre me creí.

ERMITAÑO

Ya va más de un invierno que sus rudas peñas á mí también habitación me dan.

GUARINO

Nunca os he visto, ni noticia tuve, santo eremita, de fortuna tal.

ERMITAÑO

Algo lejos de aquí me hice una choza, y de ella salgo rara vez.

GUARINO

¿Quizá sitio buscáis mejor?

ERMITAÑO

No; vengo á veros, que la fama hasta allí me fué á llevar la nueva del prodigio que habéis hecho, y venero tan grande santidad.

GUARINO

Dios fué servido á mis mortales manos por un momento su poder prestar.

ERMITAÑO

Y yo vengo á adorarle en sus prodigios; la feliz criatura, ¿dónde está?

GUARINO

En esas rocas su morada ha puesto, do quiere un monasterio edificar.

ERMITAÑO

Y ¿así la abandonáis?

GUARINO

Dios es muy grande,
mas débil es mi corazón mortal;
me alejo del peligro.

ERMITAÑO

Juan Guarino,
injuria á Dios tan ruin debilidad.
Quien muestra en vos su grande omnipo-
su auxilio en el combate os negará? [cia,
Por vos estos desiertos, lo preveo,
de austeros monjes á poblarse van;
flores fragantes que del mundo impuro
van el árido campo á embalsamar.
Por vos Guarino, sus ejemplos santos
muchas almas al cielo volverán;
muchos impíos sus contritos ojos
al piadoso cielo han de elevar.
Y por no arrostrar vos peligro escaso,
de que os guarda vuestra alta santidad,
¿vais á dejar que la mujer voluble
ceda inexperta al tentador Satán?
Si él la recuerda la mundana pompa,
todo el terreno bien que deja allá,
acaso, sus designios olvidando,
á ese mundo otra vez quiera tornar.
Y entonces, ¡ay! en vez de monasterios,
en vez de monjes que á morar vendrán
sus claustros y estas rocas, en su seno
lloraremos nosotros nada más,
estériles palmeras infecundas
que ni sombra ni flor podremos dar.

Así hablaba el anciano, y sus palabras
con respeto y dolor oía Juan,
y le daba en el fondo de su pecho
la razón, imposible de negar.
Batallaba la suya acongojada,
suspensa entre el peligro y la verdad,
sin acertar á sacudir su espíritu
el peso enorme de tan hondo afán.
—Volved á vuestra gruta, le decía
el venerable viejo; id, y soplad
el fuego santo que la enciende el alma,
y á su alma débil fortaleza á dar.

¿Qué puede la hermosura, ¡oh Juan Guarino-
atractivos tener á ojos que están [no!
á contemplar de Dios acostumbrados
la hermosura y la lumbre celestial?
Id y venceos; conquistad del todo
para el cielo de Dios su alma inmortal,
y si á la vuestra Satanás se acerca,
como quien sois, con su poder lidiad.
Ese es vuestro deber.

GUARINO

Yo lo conozco,
santo ermitaño, y mi deber real
veo que Dios para intimarme os manda,
y obedezco su voz.

ERMITAÑO

Aun haré más:
pondre bajo esta peña mi cabaña;
á mi choza venid en vuestro afán,
y de la loca tentación el peso
dividiremos ambos por mitad.

Postróse ante sus plantas Juan Guarino,
y sintiendo sus fuerzas aumentar
á la voz del anciano venerable,
cedió humilde á su justa voluntad.
Quedó el viejo en el borde de la sima
viéndole hacia su gruta caminar,
su figura elevándose sombría
encima del peñasco colosal.
Es un anciano cuya blanca barba,
cuyo cuerpo encorvado por la edad,
á reverencia mueve más que á miedo,
ministro acaso del divino altar.
Báculo tosco á caminar le ayuda,
ciñe sus miembros áspero sayal,
y al valle vueltos los sombríos ojos,
muestra severa y penitente faz.
Pero la negra sombra que proyecta
sobre la roca cuando el sol le da,
mancha siniestra en el peñón dibuja
de contornos horrendos de mirar.
Sombra que vida en su interior parece
tener....; ilusión óptica quizás.
Al fin, tras el peñón desapareciendo,
volvió todo al silencio y soledad.

II

A más de la mitad de su carrera
ya en el cóncavo azul llegaba el sol,
cuando á los pies del venerable anciano
prosternado con honda confusión,
escuchaba Guarino, él conminándole
de esta manera con airada voz:
—¡Miserable de ti! Tu infando crimen,
del mundo nos va á hacer la execración,
siendo por ti el escándalo del mundo
y objetos de la cólera de Dios.
Esa mujer, al acusarte, entera
traerá la raza humana en derredor
á maldecir la hipócrita malicia
que encerraba tu torpe corazón.
El prodigio real que por tus manos
piadoso Dios y omnipotente obró,
á diabólica magia atribuido
será sin duda, sí. Mira el baldón
con que cubres ¡infame! estos desiertos,
santuarios otro tiempo del Señor.

—¡Ay, ay de mí! exclamaba Juan Guarino
con eco del más íntimo dolor.
Todo el infierno á castigarme es poco,
á lavarme de crimen tan atroz.
—Pues piensa, le decía el otro anciano,
piensa en el modo que podrá mejor
ocultar á los ojos de la tierra
ejemplo de tan vil profanación;
al menos porque en todos no recaiga
la pena que uno solo mereció.
—Y ¿eso me aconsejáis? Y ¿es este el modo
de ayudarme á arrostrar la tentación?

—Y ¿qué puede tenerte, miserable,
en la senda del mal y del error?
Cubre al menos tu crimen en la sombra
del misterio, y al menos desde hoy
evita de tu crimen el escándalo,
pecado que maldice el Salvador.
Tal vez el vulgo crédulo, engañado
por tu virtud hipócrita anterior,
en un milagro más creyendo estúpido,
te tribute mayor veneración.
Borra astuto su rastro de la tierra,
engaña al universo por tu honor,
y piensa bien que volverá su gente
mañana, y urge que lo enmiendes hoy.

Y así diciendo el eremita anciano,
de hinojos en las peñas se postró,
abismado dejando á Juan Guarino
en horrenda y febril meditación.
Veíase que dentro de su pecho
empeñada traían con furor
espantosa batalla sus pasiones,
desgarrando su triste corazón.
Y en el borde sentado del peñasco,
fijo, inmóvil, en silencio.... daba horror
contemplar su semblante contraído,
de sus hondos tormentos expresión.
Así Guarino batallando á solas,
dos largas horas de pesar pasó,
y dos horas el monje venerable
sin entibiar un punto su oración.
Al fin Guarino, cual preñada nube
que arrebatada en sus alas el turbión,
con raudo paso y con temblor convulso
del anciano en silencio se apartó.
Dejó aquél su postura penitente,
sus miradas de Juan tendiendo en pos,
vaga sonrisa contrayendo el labio,
sus ojos infernal satisfacción.

Ya á Guarino, perdido entre las peñas,
no se alcanzaba á ver, mas él siguió,
cual si á través del monte le alcanzara,
mirándole con íntima atención.
En ella unos minutos pasó el monje;
de ellos al cabo, á parecer volvió
Guarino, descompuesto y alterado,
diciendo al monje con horrenda voz:
—Viejo, todo está hecho; no habrá escán-
¡Maldito el día que nacer me vió! [dalo.

Ronca, histérica, horrible, soltó enton-
el monje repentina carcajada, [ces
que de Juan en el ánima espantada
como afilado acero penetró.
Volvió la vista atónita hacia el sitio
do vió al volver al eremita santo,
y su vista y su sangre heló de espanto
lo que á su lado en su lugar halló.

Gigantesea, satánica figura,
de inmensas alas que ante el sol tendía
y el resplandor del sol oscurecía,
sus fieros ojos en su faz clavó.